

José Javier Abasolo

EL JURAMENTO DE WHITECHAPEL



erein

EL JURAMENTO DE WHITECHAPEL

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: mayo de 2019

Ilustración y diseño de cubierta:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© José Javier Abasolo

© EREIN. Donostia 2019

ISBN: 978-84-9109-461-6

D. L.: SS - 553/2019

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

José Javier Abasolo

EL JURAMENTO DE WHITECHAPEL



erein

NOTA DEL AUTOR

Este libro es una novela, una obra de ficción, aunque algunos de sus protagonistas existieron de verdad. Pero desde el momento en que aparecen en una obra de ficción se convierten también, al menos en la novela, en personajes de ficción.

No se pretende, por tanto, dar una versión “definitiva y concluyente” de los sucesos ocurridos el año 1888 en el barrio londinense de Whitechapel ni tampoco de establecer, sin lugar a dudas, la identidad de Jack el Destripador.

Pero si se piensa bien, teniendo en cuenta la solidez de muchas de esas teorías aparecidas últimamente, todas ellas, en opinión de sus autores, definitivas, concluyentes y que, según los mismos, no dejan lugar a la duda, ¿por qué no podría estar esta novela mucho más acertada que esas hipótesis?

Al fin y al cabo, fantasía por fantasía, ficción por ficción, no se puede descartar ninguna de ellas.

Pero como ya se ha advertido al principio, este libro es una novela, tan sólo una novela y, una vez leída, es el lector quien tendrá la última palabra sobre lo que aparece en ella.

Así que dejemos ya que hablen sus protagonistas, los reales y los de ficción.

DRAMATIS PERSONAE

PERSONAJES REALES:

Abberline, Frederick George (1843-1929): Inspector de primera clase de Scotland Yard en los tiempos en los que actuó Jack el Destripador, del que fue uno de sus más infatigables perseguidores. Retirado con honores tras haber obtenido un gran número de menciones de honor a lo largo de su carrera, tuvo también sus detractores, que incluso le acusaron de ser el propio Jack, en un desdoblamiento de personalidad parejo al del doctor Jekyll y Mister Hyde, aunque nunca se pudieron demostrar esas acusaciones.

Anderson, Robert (1841-1918): Comisario-asistente del CID (Criminal Investigating Departement/Oficina de Investigación Criminal) de Scotland Yard, encargado directamente de la investigación de los crímenes de Jack el Destripador, muy criticado en su tiempo por irse de vacaciones en plena investigación.

Arana y Goiri, Sabino Policarpo de (1865-1903): Político vasco, fundador del PNV (Partido Nacionalista Vasco).

Chandler, Joseph (1850-1923): Inspector de Scotland Yard.

Chapman, Annie (1841-1888): Prostituta de Whitechapel, la segunda de las consideradas víctimas canónicas de Jack el Destripador.

Conan Doyle, Arthur (1859-1930): Médico y escritor escocés, creador de las aventuras del celeberrimo Sherlock Holmes y su acompañante, el doctor John Watson.

Gore-Booth, Constance (1868-1927): Conocida también como condesa Constance Markiewicz desde su boda con un aristócrata

polaco. Sufragista y revolucionaria irlandesa, que llegó a ser diputada y ministra de Trabajo de Irlanda.

Holland, Emily (1838-?): también conocida como “Ellen”. Prostituta, amiga de la primera víctima, Mary Ann Nichols.

Koźmiński, Aaron (1865-1919): Barbero judío de origen polaco, que durante un tiempo fue para Scotland Yard uno de los sospechosos de los crímenes de Whitechapel.

Macalister, Alexander (1844-1919): médico de origen irlandés, director de la “Cambridge Anatomical Teaching School”.

Phillips, George Bagster (1835-1897): Médico forense de la ciudad de Londres.

PERSONAJES DE FICCIÓN:

Atkinson: Mayordomo de la familia Gore-Booth.

Benjamin: Niño desarrapado, de origen judío, que en ocasiones hace recados para Simon Goldstein.

FitzGerald, Patrick: Sacerdote de origen irlandés, párroco de una pequeña iglesia frecuentada por sus compatriotas residentes en Londres.

Goldstein, Simon: Rabino y banquero londinense, muy influyente en la comunidad judía de Inglaterra.

Green, Pauline: Doncella de la familia Kingsfield.

Hillary: Otra doncella de la familia Kingsfield.

Hurley, Francis: Delincuente londinense conocido como “The Hammer”, El Martillo, por la costumbre que tiene de usar ese instrumento para realizar sus actos delictivos.

James: Camarero del club londinense del que es socio Charles Kingsfield.

Kingsfield, Charles: Amigo londinense de Sabino Arana que hace de “cicerone” para éste mientras se aloja en su mansión familiar y le arrastra a investigar los asesinatos de prostitutas que están produciéndose en el barrio de Whitechapel.

Kingsfield, Elizabeth: Hermana de Charles Kingsfield e hija de sir Peter.

Kingsfield, sir Peter: Próspero hombre de negocios que ha accedido al título de lord y a un puesto en la Cámara de los Lores, que acepta ser mentor del joven Sabino Arana por haber conocido en tiempos pasados a su padre.

Latimer, John: Secretario particular de lord Kingsfield.

Murphy: Tabernero de Whitechapel, propietario de un local al que acude en ocasiones Charles Kingsfield.

O'Bannion: Socio y compatriota de O'Malley.

O'Malley, Sean: Irlandés de gran estatura que en ocasiones trabaja para Charles Kingsfield.

Richardson: Médico con consulta y clínica abierta en Londres, viejo compañero y amigo de Arthur Conan Doyle.

Sanders: Agente de Scotland Yard, compañero del inspector Chandler.

Taylor: Conductor del coche de la familia Kingsfield, que también ejerce, llegada la ocasión, de guardaespaldas.

Timothy: Criado de la familia Kingsfield.

Capítulo I

LA CONFESIÓN DE SABINO

1

Cuando alguien está a punto de ser fusilado son muchos los sentimientos que afloran. Rabia, temor, tristeza. Sobre todo tristeza. Una tristeza infinita. También odio, por supuesto, sería absurdo negarlo, aunque procuro evitarlo al máximo, si bien no lo consigo del todo. Es comprensible. Al fin y al cabo soy humano y el odio, como el amor, es uno de los sentimientos más humanos que existen. Pero soy también sacerdote y no puedo permitirme odiar. No debo permitirme odiar. Se supone que los seguidores de Jesucristo predicamos el amor, no el odio o la guerra. ¡Se suponen tantas cosas que luego no se cumplen! En este mismo momento otros sacerdotes, incluso antiguos discípulos o compañeros de seminario que se creen los adalides de la auténtica fe y la palabra de Dios, están ayudando a las tropas sublevadas contra la República a matar, torturar, saquear, violar y exterminar a quienes consideran sus enemigos, los enemigos de Dios y de la Patria. Hombres que yo creía que eran buenas personas, entregadas al prójimo —y seguramente ellos siguen pensando eso de sí mismos—, no dudan en practicar cualquier aberración contraria a los mensajes evangélicos con tal de que triunfe el levantamiento militar que con tanto entusiasmo han apoyado.

Y lo más curioso, por no decir que lo más triste, es que he sido yo el tachado de mal sacerdote por haberme mantenido fiel a mis principios y haber sido capellán de un batallón del Euzko Gudarostea, las tropas que el gobierno del lehendakari Agirre organizó para luchar junto a la República contra los militares sublevados. Si no fuese

algo tan trágico sería casi cómico. Que a mí, que me he mantenido fiel al gobierno legítimamente constituido y a sus instituciones, vayan a fusilarme por un delito de apoyo a la rebelión.

Pero no son éstos momentos para lamentaciones. Al menos, no para lamentos personales, porque no dejo de sufrir en mis carnes el desgarró de mis compatriotas. De todos mis compatriotas, tanto de aquellos con quienes he convivido al servicio de mi pueblo como de quienes luchan en el bando de enfrente. Ellos también mueren en una guerra despiadada y sin sentido y dejan viudas y huérfanos. Es el signo de las guerras, de todas las guerras. Nunca aprenderemos que jamás hay vencedores y vencidos, que todos somos en realidad vencidos, aunque aparentemente triunfemos. Lo que no es precisamente el caso del bando republicano, podría añadir irónicamente, aunque me temo que tampoco éste sea un tiempo para ironías. Ni seguramente lo serán los futuros, tal y como está transcurriendo la contienda.

Me comunicaron la sentencia hace un par de días. Quien vino a leérmela fue precisamente un viejo alumno al que hace ya muchos años di clases en un seminario. Tras recriminarme que jamás hubiese esperado eso de mí —me imagino que con la palabra “eso” se refería a mi lealtad a la República— y desearme, con cierto escepticismo, que Dios se apiadara de mi alma, me preguntó si quería confesarme, a lo que, para su sorpresa, respondí negativamente. Me imagino que pensó que yo ya estaba perdido para la causa y que mi alma se pudriría eternamente en el Infierno. En su ignorancia o prepotencia, o más posiblemente en una combinación de ambas, no se dio cuenta, o tal vez no quiso darse cuenta, de que no soy el único sacerdote encarcelado y condenado a muerte y que intentamos animarnos los unos a los otros y al resto de nuestros compañeros de infortunio, ya sean católicos, agnósticos o ateos. Aquí, además de nacionalistas, están encerrados también un buen número de republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas y puedo decir, sin por ello apostatar de mi fe, que antes me fiaría de ellos que de muchos de mis hermanos en el sacerdocio. Por eso no me confesé con ese cura faccioso que, sonriendo

satisfecho, me anunció mi próxima muerte. Ya lo he hecho con uno de los que están aquí encerrados y eso me permitirá morir en paz, dentro de lo posible. Porque a estas alturas de mi existencia no quiero ser hipócrita. El que crea en la existencia de Dios y su bondad no significa que lo tenga muy claro. Ni mucho menos que no le tenga miedo a la muerte. Nadie quiere morir, ni siquiera los sacerdotes. ¿Y si estamos equivocados y después de esta vida no hay nada? Supongo que tampoco sería una tragedia. Uno no es consciente del vacío, y si no se es consciente, tampoco se sufre, así que a fin de cuentas, ¿qué más da?

Me parece que estoy divagando aunque, por otra parte, ¿qué se puede hacer cuando uno sabe que va a morir en pocas horas salvo divagar, reflexionar, filosofar? Sobre todo si, como es mi caso, ya no se tiene una familia en la que pensar. Mis padres fallecieron hace muchísimos años, al igual que mis hermanos, alguno de ellos a consecuencia de esta malévola guerra. Es cierto, de todos modos, que tengo un montón de sobrinos, entre ellos varios combatientes en los que pienso a menudo y recuerdo en mis oraciones, pero en el fondo mi carga no es comparable con la del condenado a muerte que se obsesiona con qué les va a ocurrir en el futuro, cuando él ya no esté, a su mujer y sus hijos. Así que hago lo único que puedo hacer, tras haberme confesado y comulgado con uno de los sacerdotes prisioneros con los que he trabado amistad, pensar y recordar, recordar y pensar. No sé si es un consuelo o una maldición, pero es lo único que me queda.

Y ese constante recordar y pensar, pensar y recordar, ha hecho que vuelva a mi mente una vieja historia que no tenía olvidada, pero sí arrinconada en un lejano lugar de mi memoria. Otra confesión en la que yo oficié de confesor y el penitente, por su parte, era un hombre aún joven, pero que se hallaba, como yo en estos momentos, próximo a entregar su alma a Dios. No porque hubiera sido condenado a la pena capital, sino porque su delicada salud estaba a punto de quebrarse definitivamente.

En aquella época, hablo del año 1903, yo acababa de salir del seminario y había sido destinado a un hermoso pueblo costero de mi

Vizcaya natal, Sukarrieta. Mi conocimiento del idioma propio del lugar, el euskera, y el hecho de que tuviera antecedentes familiares en la localidad coadyuvaron a que me enviaran allí como adjunto del párroco. Era éste un hombre ya mayor, octogenario, que falleció muy poco tiempo después de mi llegada, lo que me obligó, pese a mi juventud y escasa experiencia, a hacerme cargo de la parroquia. Intenté hacerlo lo mejor que pude y poco a poco fui ganándome la confianza de sus habitantes. Por eso, cuando aquella fría mañana del mes de noviembre de 1903 me avisaron para que fuera a visitar a un enfermo, no me extrañó. No me extrañó, en efecto, pero sí que tengo que admitir que despertó en mí una fuerte curiosidad.

El hombre que estaba a punto de fallecer, y al que debía administrarle el sacramento de la extrema unción, era aún una persona joven. No había cumplido los treinta y nueve años todavía, si bien en la última década su nombre no dejó de sonar constantemente por todo el país ya que había levantado, pese a su juventud, un movimiento político que en el futuro iba a cambiarlo casi radicalmente. Su nombre completo era Sabino Policarpo de Arana y Goiri, pero era más conocido como Sabino Arana o, simplemente, como Sabino, el fundador del PNV, el Partido Nacionalista Vasco.

Por aquella época yo aún me mantenía fiel al carlismo que había heredado de mis mayores y habían contribuido a reforzar algunos de mis profesores del seminario, ese carlismo en el que parece seguir militando el sacerdote que, con sonrisa jubilosa, me ha notificado mi condena a muerte, pero muchos de mis feligreses, e incluso bastantes de mis familiares, habían abrazado con entusiasmo la nueva doctrina política que por todos los rincones del solar vasco propagaba incansablemente el señor Arana. Por eso tengo que admitir que su llamada despertó en mí un interés que iba más allá del simple cumplimiento de mis obligaciones como párroco. Había oído hablar mucho de ese hombre, incluso le había visto cuando acudía a misa, siempre que sus fuerzas se lo permitían, y el hecho de poder estar un rato a solas con él me ofrecía la oportunidad de profundizar en lo

que, aparentemente, tenía que ser una personalidad muy rica y compleja.

Pese a que sólo le quedaban nueve días de vida, cosa que ninguno de los dos sabíamos en ese momento, aunque no nos engañábamos y éramos conscientes de que más pronto que tarde iba a abandonar este mundo, me recibió erguido en su cama y me ofreció su mano, una mano ya muy endeble y escuálida, para que se la estrechara.

—Gracias por venir, padre. Creo que ha llegado el momento de dar cuentas a Dios y me gustaría presentarme ante él lo más limpio posible.

Pese a que lo más correcto hubiese sido tratarle como a cualquier otro feligrés, no pude abstraerme de quién era y guiado más por mis ansias de conocimiento que por simple curiosidad, aunque admito que no estaba exento de esta última, intenté reconducir la conversación hacia el tema político, pero fui interrumpido por Sabino, que me dijo que le quedaban muy pocos días y no quería desperdiciarlos adoctrinándome políticamente.

—Preferiría hablar exclusivamente de religión, padre —añadió finalmente.

—La religión y la política siempre han ido de la mano, señor Arana. Muchas guerras, como usted sabe, han sido motivadas por esa unión y por el santo deseo de los fieles de defender sus creencias.

En aquella época yo ya tenía mis dudas sobre el hecho de que Dios aprobara que se hicieran guerras, matanzas y masacres en su nombre, pero el peso de la tradición y de la educación recibida seguía influyendo considerablemente tanto en mi pensamiento como en mi religiosidad, por eso dije algo de lo que entonces empezaba a no estar muy seguro y de lo que ahora estoy convencido de que es una blasfemia, por mucho que la mayoría de los obispos españoles, salvo algunas honrosas excepciones, hayan tildado la sublevación del general Franco como Cruzada. De todos modos en el año 1903 esas ideas aún estaban en barbecho en mi mente, de ahí que le contestara del modo que he transcrito.

—Lo sé, padre, lo sé —me contestó sonriendo—. Y, seguramente, tiene usted razón. Pero en estos momentos no deseo hablar de política, ni siquiera de la relación entre religión y política, sino simplemente de religión. O mejor dicho, tampoco deseo hablar de religión. Soy, siempre lo he sido, un católico convencido. No me considero por ello mejor que los demás. Seguramente he tenido muchos fallos en mi vida y cometido muchos pecados, pero he intentado mantenerme fiel a las instrucciones de la Santa Madre Iglesia. Por eso, ahora que estoy a las puertas de la muerte y muy pronto seré juzgado por el Creador, lo único que deseo es confesarme y recibir su absolución antes de presentarme ante Él.

Me atuve a sus deseos, como no podía ser de otro modo dada mi condición sacerdotal y las obligaciones que eso conlleva, así que, tras escuchar su confesión, procedí a perdonarle sus pecados con la fórmula ritual, “*ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*”. No sé si esas palabras pronunciadas en la vieja lengua de Roma le tranquilizaron o que su fatigado cuerpo necesitaba tanto reposo o más que su alma, el caso es que cuando volví a fijar mis ojos en él dormía apaciblemente y, sin atreverme a perturbar su sueño, me alejé en silencio.

Al día siguiente regresé, no porque el moribundo volviera a llamarme, sino por imperativo de mi ministerio. Visitar a los enfermos es una obligación para un párroco, sobre todo cuando desempeña su labor en un pueblo pequeño, y en ese sentido Sabino era, para mí, un feligrés más, un hombre que se encontraba a las puertas de la muerte y necesitaba el consuelo y el apoyo de la palabra de Dios.

Mi visita no supuso ninguna sorpresa. En todo caso el sorprendido fui yo cuando la criada que me atendió tras abrirme la puerta me dijo que pasara sin más demora, que el señor Arana me estaba esperando.

—No sé a qué viene esa extrañeza, padre —casi me riñó, si bien amigablemente, cuando le comenté mi reacción—. Del mismo modo que usted se había informado sobre mí, yo también he hecho unas

pequeñas indagaciones sobre su persona, y sé que considera algo sagrado atender a los enfermos hasta que entreguen su alma a Dios, como pronto lo haré yo.

Intenté protestar y animarle, pero me cortó en seco, pidiéndome que no le tomara por tonto.

—De mí se han dicho, y seguramente se dirán en el futuro, muchas cosas, pero espero que nunca se diga que me engañaba a mí mismo. Sé que me muero, es algo que no tiene vuelta atrás, así que las palabras de consuelo, aunque como persona bien nacida las agradezca en lo que valen, lo único que consiguen es hacerme perder el tiempo. Y perdóneme si esta pequeña disquisición le parece grosera o extemporánea. Privilegios de moribundo.

Poco podía decir ante esas palabras, salvo que mantuviera la fe en Dios y su bondad y desearle, en lo posible, que no sufriera antes de que llegara el final. Más o menos lo que hacía con el resto de los enfermos. En muchas ocasiones había podido comprobar que el mero hecho de cogerles la mano, de transmitirles calor, era suficiente para tranquilizarles. Incluso que, por vacuas que pudieran parecer, las palabras de ánimo y consuelo les otorgaban una reconfortante paz. Pero Sabino no era un moribundo típico. Tal vez por su edad, o por ese fuego interno que, si antaño le había servido para ser eficaz propagandista de su causa, hogaño le hacía afrontar su cercana muerte con arrojo y valentía, pero el caso es que no me necesitaba como paño de lágrimas sino, así me lo expresó con total sinceridad, como confesor.

Al principio me sorprendieron sus palabras y así se lo dije.

—Ya le confesé ayer y le di la absolución. No creo que, tendido como está todo el día en este lecho, haya cometido nuevos pecados de los que deba arrepentirse.

—Es usted aún muy joven —me contestó sonriendo. Él tampoco era excesivamente mayor, pero quizás la proximidad de la muerte le había proporcionado la experiencia que los años jamás le darían— y subestima la capacidad del género humano para pecar en todo tipo de circunstancias y situaciones, pero en algo tiene razón. Esta nueva

confesión que quiero hacerle no es para ponerme a bien con Dios, sino para, para...

Por un rato me dio la impresión de que el hombre de cuya pluma habían salido múltiples artículos y discursos se había quedado sin la capacidad de expresarse hasta que me di cuenta, advirtiéndome cómo cerraba los ojos y que su cara se contraía como si estuviese realizando un ingente esfuerzo más intelectual que físico, de que tan sólo estaba buscando la mejor manera de empezar a relatarme esa anunciada confesión. Esa presunción se convirtió en certeza unos segundos después cuando abriendo de nuevo los ojos se irguió encima de la cama y dando un sorprendente giro a nuestra conversación me preguntó si sabía quién había sido Jack el Destripador.

—Usted es muy joven —continuó sin esperar a que yo respondiera—, así que no sé si recordará unos hechos ocurridos quince años atrás, cuando todavía era un niño. No creo que sea una historia que haya llegado hasta los estudiantes del seminario, ya que es muy poco edificante, aunque nunca se sabe. Me refiero a una serie de crímenes perpetrados en Londres, durante el otoño de 1888, por una persona que jamás fue descubierta, al menos oficialmente, y que atendía al *nom de guerre* de Jack el Destripador.

No pude evitar un estremecimiento. Por supuesto que, pese a mi edad y a haberme educado en un seminario, sabía de quién me estaba hablando. Del que sin duda alguna había sido el asesino más cruel y sanguinario de los últimos tiempos. Lo que no entendía era qué relación podía tener con el hombre que yacía enfermo en aquel case-rón de Sukarrieta.

—No se inquiete, padre —hizo un amago de sonrisa, pero la enfermedad, que día a día iba tomando nuevas posiciones en ese frente de batalla que era su cuerpo, impidió que el amago se convirtiera en una auténtica sonrisa—, no voy a confesarle que soy Jack el Destripador. Han dicho de mí, y supongo que seguirán diciéndolo después de mi muerte, cosas incluso peores, pero le juro solemnemente que no soy el culpable de esos abominables crímenes. Aunque sí puedo decirle

que, para mi desgracia, estuve relacionado con ellos. Y que eso cambió mi vida. Espero que Dios me dé la suficiente para poder contárselo todo. No me pregunte por qué lo hago, ni siquiera yo lo sé. O quizás sí. En el fondo se trata de descargar mi alma. No del mismo modo que en el sacramento de la confesión, pero supongo que con un resultado parecido. Y aunque sólo nos conocemos desde ayer, confío en usted. No sé cómo utilizará lo que le voy a narrar, eso lo dejo a su libre albedrío. Puede guardárselo dentro de sí, o proclamarlo *urbi et orbe*. O incluso escribir una novela, aunque no sé si les está permitido a los sacerdotes escribir novelas con ese tipo de tramas. Sinceramente no me preocupa. En realidad, el único motivo de la confesión que voy a efectuar, por seguir utilizando esa palabra, aunque ya sin un sentido estrictamente religioso, es la paz interior que espero que me produzca el hacerlo.

Hizo una breve pausa antes de volver a hablar, si bien en esta ocasión no cerró sus ojos ni se quedó como adormilado. Seguramente lo único que necesitaba era reponer fuerzas antes de proseguir.

—Le ruego padre, se lo pido como un favor personal, que no me interrumpa mientras le cuento mi historia. Posiblemente necesitaré varios días para hacerlo, ya ve que las fuerzas no me acompañan, y no me gustaría irme al otro mundo sin habérsela narrado por completo. Si cuando acabe aún me quedara un hálito de vida, procuraré disipar todas las dudas u objeciones que le hayan surgido escuchándome, pero de momento le vuelvo a pedir que me deje contar la historia sobre Jack el Destripador, sus horrendos crímenes y el motivo de que yo me relacionara con ellos sin la menor interrupción posible.

Juré ante la Santa Biblia cumplir con sus deseos y entonces Sabino, irguiéndose sobre la cama todo lo altivo que en esos momentos era capaz y con un renacido brillo en sus ojos, empezó a narrarme la historia. O, al menos, la parte de la historia en la que él fue involuntario, o quizás no tan involuntario, según se mire, protagonista.

Capítulo II

LA PRIMERA MUERTA

2

El año 1888 fue muy duro para mí –inició de este modo su relato Sabino–. Cinco años antes, cuando sólo contaba con dieciocho, falleció mi padre, y entonces mi madre, pensando que era lo mejor para mí y la familia, me envió a Barcelona con la intención de que estudiara Derecho y Filosofía, aunque a mí siempre me habían gustado más las asignaturas de Ciencias. No deseo que vea en estas palabras un reproche, líbreme el Cielo de hablar mal de la mujer que me dio el ser, ella hizo siempre lo que suponía que era lo mejor para mí, sólo que en aquella ocasión no acertó. De hecho creo que no fui un buen estudiante –se rió entre dientes al decir esto, aunque un rictus de dolor acabó con su risa–, pero no por falta de capacidad ya que, sin querer pecar de inmodestia, puedo afirmar con orgullo que aprobé el Bachillerato con una calificación de sobresaliente. El problema estribaba en que no me interesaba para nada la carrera en la que me había matriculado y a cuyo ejercicio jamás pensé dedicarme, así que me presenté a muy pocos exámenes antes de optar por el abandono. Eso no quiere decir, de todos modos, que durante mi etapa universitaria me mostrara inactivo, al menos intelectualmente, sólo que dirigí mis esfuerzos a materias que, efectivamente, pudieran llenar mis ansias de conocimiento. Por eso me matriculé un año en la facultad de Ciencias Naturales y fue también allí, en Barcelona, donde proseguí con mis estudios sobre la lengua de nuestros antepasados, el euskera, con el objetivo de llegar a dominarla. Incluso comencé a escribir un estudio sobre la ortografía del dialecto vizcaíno. En fin, cosas

de juventud. Fueron cinco años interesantes, que me sirvieron para conocer la hermosa ciudad catalana, e incluso para formarme, pero a mi modo, no al de las autoridades académicas.

Todo ello se truncó con el fallecimiento de mi madre. De repente, con tan sólo veintitrés años, me encontré huérfano. No estaba solo, afortunadamente, ya que contaba con el apoyo y el amor de mis hermanos, pero sí huérfano. Mi madre había sido muy importante para mí, lo mismo que mi padre, y después de perder a éste, a la edad de dieciocho años, esa edad en la que uno ha dejado de ser un niño, pero todavía no es un hombre, acababa de perderla también a ella. En ese momento, como acabo de decirle, había cumplido ya los veintitrés, pero me encontraba casi tan desvalido como cuando falleció mi padre. Ni siquiera me sentí así cuando, con tan sólo ocho años, tuvimos que exiliarnos en el País Vasco-Francés, debido a sus actividades políticas, ya que era un fiel partidario de Carlos VII, del que pensaba que iba a restaurar, tras su triunfo, nuestros fueros y libertades. Entonces, pese a la dureza del destierro, podía cobijarme bajo el manto protector de mis progenitores, que sabían cómo cuidarme y atenderme. Ahora, en cambio, me encontraba solo. Mis hermanos podían apoyarme, y lo hacían, pero era yo quien debía forjar mi destino.

Pronto sufrí una nueva decepción. Se había instituido, por primera vez en la historia, una cátedra de lengua vasca en el Instituto de Bilbao, y decidí optar a la plaza, quizás confiando, de una manera excesivamente optimista, en que los esfuerzos que había estado realizando para aprender el idioma podrían verse recompensados con su consecución, pero no fue posible. Tenía contrincantes muy poderosos, entre ellos don Resurrección María de Azkue, que fue finalmente el elegido. Con toda justicia, además, ya que sus méritos estaban muy por encima del resto de postulantes. Pero no por ello dejó de constituir, para mí, un severo revés. En poco tiempo me había quedado completamente huérfano y se me habían cerrado las puertas de una posible actividad como catedrático en una materia que, además, me apasionaba. Debido a todo ello, durante ese breve periodo de mi

existencia anduve desconcertado, sin saber qué hacer, hasta que mi hermano Luis me propuso que viajara a Inglaterra.

—Será bueno para ti alejarte durante unos meses de Bilbao —me dijo—. Además, podrás aprender la lengua inglesa y quizás establecer contactos para futuros proyectos profesionales —añadió al observar mi inicial desagrado ante lo que yo consideraba una pésima idea. No tanto porque no me apeteciera alejarme de la patria, que también, como porque pese a no saber muy bien a qué quería dedicarme en el futuro, ya tenía meridianamente claro que éste no se encontraba en el mundo de los negocios. Y es que, aunque todavía no sabía cómo llevarlo a cabo, ya empezaba a germinar en mi mente la idea de construir un nuevo movimiento político que sirviera para liberar a nuestro pueblo de sus cadenas. Pero se trataba de una idea tan incipiente que en esos momentos ni siquiera era consciente de ello. Fue precisamente a raíz de las experiencias vividas en Londres que tomé la decisión que cambiaría mi vida. Pero creo que me estoy adelantando a los acontecimientos. Y como me queda muy poco tiempo, no proteste, padre, no es caritativo dar falsas esperanzas a un moribundo, retomaré el hilo de mi historia.

Vuelvo, por tanto, a lo que le estaba contando. Mi hermano Luis insistía para que me fuera a Inglaterra y yo me negaba sistemáticamente. Quizás pesaba en exceso el recuerdo de nuestro exilio en San Juan de Luz. Es cierto que allí también me encontraba entre vascos, pero eran vascos que además de nuestra propia lengua hablaban en francés, lo que, de algún modo, hacía que me sintiera extraño, fuera de lugar. Además, como ya le he dicho, cinco años de mi entonces corta vida transcurrieron posteriormente en Barcelona, así que estaba acostumbrado a vivir fuera de Vizcaya, por lo que puede colegirse, como mi hermano solía decirme sin desanimarse, que estaba acostumbrado a vivir lejos del hogar. Esa circunstancia, que para Luis constituía un punto a su favor, era precisamente lo que más me retraía. No derivaba, por tanto, mi negativa a sus requerimientos de un inexistente miedo a alejarme de Bilbao, porque ya lo había hecho en

anteriores ocasiones, la auténtica razón provenía de que estaba hastiado de no poder echar raíces en la que era mi tierra y también empezaba a considerar como mi única patria.

Finalmente, sabedor de que la insistencia de mis hermanos no estaba originada por el deseo de deshacerse de mi persona sino por el cariño que me profesaban, accedí a sus deseos y el 31 de agosto de 1888 me embarqué rumbo a las costas de Inglaterra como paso previo a mi destino final, que era la gran urbe de Londres. Según me subí al barco empecé a arrepentirme de haberme dejado convencer, ya que nada más zarpar se apoderó de mí un persistente mareo que me obligó a vomitar en más de una ocasión. Cuando por fin atracamos en la costa inglesa tenía la cara tan blanca que parecía que me hubiese colocado encima de ella un emplasto de arroz. Pisar tierra firme fue un alivio, pero también me llenó de desesperanza. ¿Qué hacía yo en un país extranjero, al que nada me ligaba y del que lo desconocía todo? Por unos breves instantes sopesé la posibilidad de pedirle al capitán del barco que me devolviera a Bilbao en su viaje de vuelta, pero me había comprometido con mis hermanos a permanecer una temporada en Inglaterra y no podía defraudarles, así que, haciendo de la necesidad virtud, agarré la maleta lo más fuertemente que pude y me encaminé hacia la aduana del puerto, con la íntima esperanza de que los aduaneros encontraran algún fallo en mi documentación y me obligaran a volver a mi tierra, en cuyo caso yo habría cumplido con mi palabra y, así mismo, se haría realidad mi deseo de retornar a mi país. Pero el Señor, al que tanto debo, tenía otros planes para mí aquel día, así que, casi sin echarme ni un leve vistazo, supongo que mi aspecto no casaba con el de un espía de alguna potencia extranjera, me permitieron introducirme en el centro del Imperio Británico.

Mi hermano me había dicho que no me preocupara, que alguien me estaría esperando en el puerto, y tengo que decirle que tampoco en esta ocasión dejó de cumplir su palabra. Lo comprobé cuando vi cómo un joven, tres o cuatro años mayor que yo, elegantemente

ataviado, se acercó hasta donde estaba y me preguntó si yo era el señor Arana. En realidad lo dijo en inglés, *Are you Mr. Arana?*, pero aunque en aquellos momentos mis nociones de su idioma eran muy escasas, al escuchar mi apellido, con una pronunciación un tanto extraña, eso sí, le respondí afirmativamente.

—Welcome to England. I'm Charles Kingsfield —volvió a hablarme en su idioma, mientras me extendía su mano.

Nuevamente, con un gran esfuerzo de imaginación, supuse que me estaba dando la bienvenida e incluso que me había dicho su nombre y apellido. Posteriormente, como usted seguramente habrá adivinado, aprendí a expresarme con soltura en inglés, aunque lo he ocultado estos años, al igual que mi estancia en Londres, en un vano intento de olvidar tanto los horrores que allí vi y viví como aquella experiencia vital, muy profunda y extremadamente dolorosa, que tuve durante mi estancia y que es el motivo de esta atípica confesión, pero entonces era para mí una lengua tan desconocida como puede serlo la de los aborígenes maorís de Australia. Eso nos creaba un problema, ya que Kingsfield tampoco sabía una palabra de español. Afortunadamente, pronto descubrimos que podíamos entendernos en francés, idioma que yo aprendí durante mis años de exilio y él con una institutriz originaria de nuestro vecino país. Lógicamente la conversación no era tan fluida como si hubiéramos podido hablar cada uno en nuestro idioma, pero fue suficiente para entendernos.

—¿Ha tenido una mala travesía? Porque no parece presentar muy buen aspecto —me dijo con un desparpajo que posteriormente comprobé que era una de sus características más pronunciadas.

Intenté quitarle hierro al asunto, pero tuve que confesarle que no estaba acostumbrado a navegar y que me había mareado nada más salir de Bilbao.

—Parece mentira que siendo hijo de un pueblo marinero no aguante las embestidas del oleaje —me contestó riéndose y llenándose de vergüenza. Pero pronto, sin dejar de reír, al comprobar que me estaba azorando, me dijo que tan sólo era una broma y me presentó sus

excusas, ya que en ningún momento había tenido intención de ofenderme, excusas que admití al momento.

El padre de Charles Kingsfield, por lo que me comentó mi hermano antes de partir, había compartido en el pasado negocios con el mío y por eso, cuando Luis le explicó el motivo de mi viaje, se mostró dispuesto, para honrar la memoria de su vieja amistad, a darme cobijo durante el tiempo que yo permaneciera en Londres. El hecho de enviar en mi búsqueda a su propio hijo, en lugar de a un sirviente, así lo acreditaba, por lo que aproveché ese momento para, a mi vez, agradecerle las atenciones que estaban teniendo conmigo.

—Y en cuanto a su broma, no se preocupe. Es cierto que siendo como soy vizcaíno tendría que estar más acostumbrado al mar, así que su chanza es perfectamente comprensible.

—De todos modos no debí hacerlo. No al menos en estos momentos en los que se le nota aún con síntomas de cansancio. Mi única disculpa es que esta mañana me he despertado con una noticia muy desagradable y, por eso, necesitaba desahogarme riéndome un poco, aunque fuera a su costa, lo que lamento profundamente.

Mientras hablaba su semblante, que en todo momento había estado risueño, pareció ensombrecerse, como si algún mal le aquejara. Tanto por mi educación como por inclinación natural nunca he sido impertinente ni partidario de indagar en las vidas ajenas, pero era tan palmario el bajón que de repente había sufrido mi nuevo amigo que no pude dejar de inquirir si le ocurría algo.

—No se preocupe, señor Arana, ha sido sólo un momento —pero enseguida rectificó y me dijo—. Aunque ojalá sólo fuera cosa de un momento. Me temo que el mal está siempre presente, sólo que no nos percatamos de ello hasta que lo tenemos delante de nuestras narices.

—¿El mal? ¿A qué se refiere? —le pregunté, intrigado. Como usted bien sabe, padre, mi formación y mi fe es católica, por eso creo saber qué es el mal, pero esa frase, en labios del hijo de mi anfitrión, me produjo una clara sensación de extrañeza.

Estábamos subiendo al carruaje que nos iba a trasladar a Londres, así que el joven Kingsfield me instó a callar, poniendo un dedo sobre los labios. Pero enseguida, cuando estuvimos acomodados en el interior del coche, quizás recordando que estábamos hablando en francés y, por tanto, el cochero no podía enterarse de nuestra conversación, me preguntó qué sabía yo acerca del mal.

Debió de notar mi azoramiento porque formuló su pregunta de otra manera.

—Por ejemplo, amigo Sabino, ¿puedo llamarle Sabino? Usted llámeme simplemente Charles. Vamos a pasar mucho tiempo juntos, o eso espero, y esas formalidades de llamarnos todo el rato por nuestro apellido, con el señor delante, creo que están de más.

Asentí complacido y Charles reanudó su interrumpida pregunta.

—Cuando antes le he hablado del mal no me refería a algo abstracto. Sé que es usted una persona educada y que, por tanto, no se le escapan las connotaciones filosóficas, morales y religiosas del término, pero me refiero a si ha conocido el mal más de cerca. No digo que usted se haya codeado con él, por supuesto, nada más lejos de mi intención. Simplemente desearía saber, en el caso de que usted considere pertinente contestarme si, por alguna desgraciada circunstancia, ha tenido en alguna ocasión un conocimiento directo o indirecto del mismo.

Debo reconocer que no supe qué responderle. ¿Era lícito considerar de ese modo, como un mal, el que los vascos estuviéramos supeditados al gobierno de España? Las muertes que se produjeron en el último levantamiento carlista que originó el exilio de mi familia, ¿entraban también en esa categoría del mal? Políticamente no tenía ninguna duda o, para ser más sinceros, aún me quedaba alguna, aunque poco a poco iban disipándose, pero intuía que no era ése el mal al que se refería Charles Kingsfield, así que le contesté negativamente. Estuve a punto de preguntarle si él, por su parte, había tenido ese tipo de contactos, pero pese a que habíamos empezado a simpatizar mutuamente no me atreví a hacerlo. Ya sé que parece absurdo, porque

él acababa de tomarse esa libertad conmigo, sin embargo por el tono de su voz había vislumbrado que, en su caso, más que una pregunta sus palabras habían constituido un desahogo. Todavía me encontraba asimilando este último pensamiento cuando mi nuevo amigo me sorprendió con un cambio de humor y de repente sus carcajadas inundaron el coche.

—No se deje intimidar por mis absurdas palabras, Sabino —añadió con una sonrisa entre los labios—. Me temo que soy un poco morboso y que me apasionan ciertos temas que mi difunta madre jamás habría aprobado —supe de ese modo que él, como yo, era huérfano de madre, aunque en su caso tenía la suerte de seguir contando con la presencia de su padre—. Y me da la impresión de que usted tampoco lo aprueba —finalizó risueño.

—Se equivoca, Charles, nada más lejos de mi pensamiento que juzgarle. Además, aunque acabamos de conocernos y por lo tanto no sería capaz de hacerlo, ni es mi deseo, por otra parte, supongo que su interés por el mal será meramente intelectual.

—Por desgracia sus palabras no son del todo ciertas —por unos breves instantes me pareció observar que el anterior gesto de desesperanza volvía a su rostro, pero fue tan imperceptible que no puedo asegurarlo—, porque el mal, además de ser una entidad abstracta, necesita encarnarse en los seres humanos para manifestarse. Por ejemplo, seguro que en su país últimamente ha tenido lugar algún crimen truculento.

Aunque era un tema al que jamás había dedicado mucha atención, estrujé mi memoria sin encontrar nada especial. No es que lo lamentara, pero me daba la impresión, admito que un tanto descabellada, de que eso iba a causar una profunda decepción en mi anfitrión, y así se lo dije.

—No puedo creérmelo —me contestó entre grandes risotadas—. Pese a las grandes diferencias de raza, color, lengua, religión o culturas, la naturaleza humana es, en el fondo, idéntica en todos los sitios, y desde que Caín asesinó a su hermano Abel, matarse unos a otros ha sido una

constante entre los hombres. Y también entre las mujeres, supongo. Así que haga memoria, Sabino, que seguramente habrá ocurrido algo, cerca de usted, que sin duda le habrá causado inquietud o desagrado.

Espoleado por las últimas palabras de Kingsfield, y más como ejercicio mental que por puro morbo, hice un esfuerzo y repasé mis últimas lecturas del periódico *El Noticiero Bilbaíno*, una publicación con la que no concordaba mucho pese a definirse a sí misma como “diario imparcial, defensor de la Unión Vascongada y eco de los intereses vasco-navarros”, pero que solía ojear a menudo para estar al tanto de lo que ocurría en mi ciudad y en el mundo. Y fue un repaso fructífero, al menos desde el punto de vista de mi nuevo amigo, ya que pude recordar que el día anterior a mi marcha leí la noticia de un asesinato ocurrido en la provincia de Valencia. No se trataba, por tanto, de un crimen ocurrido en el que yo consideraba mi país, Euskal Herria, pero como ser humano ese tipo de noticias nunca me han dejado indiferente, ocurrieran donde ocurriesen. Por eso tuve que admitir que cuando leí aquella sentí una sensación de profundo desagrado y malestar. Según se indicaba en el periódico, el crimen se había cometido unos pocos días antes, cuando la víctima, que ejercía como juez municipal en la localidad de Allara del Patriarca, regresaba a su domicilio tras dar un paseo y en la misma puerta de su casa recibió una puñalada en el pecho, muriendo casi instantáneamente. Al parecer, siempre según se narraba en el mencionado periódico, su asesino era un criado al que había despedido hacía muy pocos días.

—¿Lo ve, Sabino? —me dijo Kingsfield, cuando le hablé de ese asesinato—. Ningún lugar, por idílico que pueda parecernos, y dudo mucho que en este mundo existan lugares idílicos, está exento de ese tipo de acontecimientos. Pero para serle sincero, querido amigo, bendito el país en que ese tipo de crímenes son los peores con los que uno puede encontrarse.

—¿Cómo puede decir eso, Charles? —le pregunté escandalizado. Sabía que los ingleses no eran católicos, pero eran también cristianos y

se les presuponía un poso de moralidad. Además, en el poco tiempo que llevaba con él, había empezado a caerme simpático. Por ese motivo sus palabras, en las que hablaba con excesiva frivolidad de un tema tan serio como el asesinato, me dejaron bastante perplejo.

—No se enfade conmigo, Sabino —me sonrió, pero en esa sonrisa había más tristeza que alegría—, quizás me he explicado mal. Por supuesto que lo ocurrido en Valencia me parece algo abominable, pero..., no sé cómo explicárselo en esta lengua, el francés, que no es la materna de ninguno de nosotros dos, aunque lo intentaré.

—Mire —prosiguió, en un tono más tranquilo, como buscando las palabras, no sé si porque no estaba hablando en su lengua materna o porque quería expresarse con la mayor claridad posible—, lo ocurrido en esa localidad de Valencia fue, sin lugar a dudas, un crimen trágico, un hecho abominable, pero hasta cierto punto comprensible. No diré que aceptable, nada más lejos de mi intención, pero completamente normal, incluso banal si me permite usar esa palabra. Al fin y al cabo, ¿qué cosa hay más arraigada en el género humano que el deseo de venganza? Por lo que usted me ha contado, el asesino del juez había sido despedido unos pocos días antes. Seguramente hizo méritos más que suficientes para sufrir ese castigo, pero para él eso era lo de menos, para él lo más importante es que había desaparecido su modo de ganarse la vida. No sé si tendría mujer, familia...

—Sí, estaba casado y tenía esposa y dos hijos.

—¿Lo ve? ¿Puede hacerse una idea, en su mente, del cuadro? El hombre llega a su casa y tiene que decirle a su mujer que se ha quedado sin trabajo, que esa semana no va a llevar ningún jornal a su casa, quién sabe, quizás sus hijos tuvieran que pasar hambre y frío durante algunos días, o durante muchos días. Y el criado despedido, sin preguntarse si se ha merecido o no lo que le ha ocurrido, se llena de rabia, de odio, de rencor, se le ofusca la mente y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo se acerca a su antiguo patrono cuando éste regresa a la calidez del hogar tras un placentero paseo y le asesta una puñalada mortal. Está claro que se trata de un delito grave, el más grave

de todos los delitos, arrebatar la vida a un ser humano y que, por tanto, merece ser castigado severamente por la ley. En eso creo que estamos de acuerdo.

—En efecto —contesté, con total convencimiento.

—Y sin embargo no deja de ser un hecho desgraciadamente normal, Sabino. Normal y, como le he dicho anteriormente, hasta comprensible, sin que eso signifique que lo apruebe.

—¿A qué se refiere, Charles? —le pregunté, pese a que creía saber lo que quería decirme mi nuevo amigo.

—A que todos, y cuando digo todos no me excluyo, ni le excluyo a usted aunque se nota que es una buena persona, temerosa de Dios y cumplidora de sus preceptos —se sonrió al decir esto último—, podemos ser capaces de matar si algo o alguien lo suficientemente fuerte nos incita a ello. Volvamos al ejemplo de su amigo valenciano.

—No era mi amigo —protesté—, no le conocía de nada, es sólo una noticia que leí en un periódico de mi ciudad. Y además, el hecho ocurrió a muchos kilómetros de distancia.

—Lo sé, lo sé, era tan sólo una manera de hablar. Aunque, ¿lo ve?, usted se ha sulfurado por lo que podría considerarse una ofensa por mi parte. Una ofensa menor, que en todo caso sólo ha suscitado una protesta verbal. Pero ¿y si esa ofensa hubiese sido mayor? ¿Cómo habría reaccionado usted, por ejemplo, si hubiese denostado la memoria de su madre?

Creo que palidecí en aquel momento. El fallecimiento de la mujer que me dio el ser era aún muy reciente y por ese motivo las palabras de mi nuevo amigo, pese a saber que sólo estaba jugando conmigo, me parecieron fuera de lugar.

—Y lo están, amigo mío, lo están —reconoció Kingsfield cuando se las recriminé—, por lo que renuevo mis disculpas. Pero fíjese bien, no le he ofendido de ningún modo, simplemente he insinuado que podría hacerlo, y usted ya se ha enojado. Si la ofensa fuese real, y mucho más grave, ¿qué es lo que habría hecho?

Me sentí incómodo con la pregunta. Aunque mucha gente aún tenía memoria de esos tiempos, la época de batirse en duelo ya había pasado y, sinceramente, no se me ocurría cómo podría contestar a una ofensa que fuese del calibre de las que incitaba a nuestros antepasados a enviarse los padrinos.

—¿Llegaría usted a matarme? ¿O, al menos, a calibrar si dicha opción era la más adecuada para responder a la afrenta?

—No, por Dios —le contesté casi sin pensarlo, mientras el sudor empezaba a formarse en mi frente—. ¿Cómo puede usted insinuar eso?

—Porque está en la esencia del ser humano —me contestó de manera sencilla, pero en la que dejaba traslucir su convencimiento de la veracidad de lo que decía—. El que usted lo haya descartado tan sólo indica que es una buena persona. O, si me disculpa la insolencia, que tiene poca imaginación.

Ante estas últimas palabras no pude dejar de reír abiertamente e indicarle que seguramente se debería a eso, no a lo primero que acababa de decir.

—No lo creo —me contestó con un semblante en el que de nuevo lucía una resplandeciente sonrisa—. Ya le he dicho que a primera vista me ha parecido usted una buena persona, y si de algo puedo presumir es de que con un solo vistazo soy capaz de conocer a mis semejantes. Bueno, admito que en ocasiones me equivoco, más de las que estaría dispuesto a admitir en público —volvió a reírse con esa jovial carcajada que era una de sus más agradables características cuando no estaba aquejado de melancolía—, pero en este caso creo que he acertado. Pero a lo que iba. Usted acaba de confesarme que, aunque jamás llegaría al extremo de asesinarme, sí que se molestaría muchísimo conmigo. Seguramente me retiraría la palabra. Y estoy dispuesto a apostar cinco libras a que no me invitaría a su boda.

—Por supuesto que no. De algún modo tendría que vengar tamaña afrenta —seguí su broma.

—¿Lo ve? Aunque nos estemos chanceando, ambos estamos admitiendo que, de algún modo, tomaríamos represalias contra quienes

nos han ofendido. Ahora imagínese el caso del criado valenciano. Es, seguramente, un hombre sin instrucción, posiblemente muy maltratado por la vida, tal vez desde que era un niño, sirviendo a unos amos inclementes y despóticos. ¿Se hablaba en la noticia del motivo por el que fue despedido?

—No, creo que no. Al menos no lo recuerdo.

—No importa. Imaginémonos que le pillaron llevándose de la casa de su señor un pedazo de pan para poder alimentar a su mujer y sus hijos. O no seamos tan benévolo, imaginémonos que harto de ser un miserable robaba las joyas de la señora pensando que así saldría de la pobreza. En ambos casos la ira de su patrón recaería sobre él.

—Es lo justo —me atreví a decir.

—¿De verdad lo cree así?

—No se debe robar lo que es de los demás —le contesté, firmemente convencido.

—Sí, supongo que tiene usted razón, no es bueno robar. Sobre todo para los que, por nuestra posición, somos susceptibles de ser víctimas de los ladrones —volvió a aparecer en sus labios una sonrisa un tanto cínica—. Pero a veces es inevitable. Si para que sus hijos no se murieran de hambre tuviese que robar, ¿no lo haría?

Era un dilema injusto, y así se lo dije, con lo que volvió a reírse de mí, en esta ocasión sin miramientos y sin disculparse.

—Claro que se trata de un dilema injusto, Sabino, pero es que la propia vida es injusta. Y, por si desea saber cuál es mi postura a este respecto, aunque lamentaría que no me considerara por eso digno de su amistad y respeto, tengo que confesarle que yo sí lo haría —me respondió cuando cesaron sus risas—. No tengo la menor duda a ese respecto. Y no me considero peor persona que usted, aunque quizás sí algo más frívolo. Pero no quiero desviarme del tema. Hemos empezado hablando del mal, de la maldad. Robar es un delito. Asesinar es un delito. En eso estamos de acuerdo. Pero en ocasiones las personas pueden verse obligadas a robar, incluso a matar.

—Puedo llegar a aceptar lo primero, pero no lo segundo —le interrumpí.

—Sí, claro, lo entiendo, pero no estamos hablando ni de usted ni de mí, sino en abstracto. Para usted nada justifica asesinar a otra persona, y creo que en eso estamos de acuerdo. Pero el hombre del que estamos hablando, el campesino valenciano que asesinó a su señor, seguramente pensó que matarle era un acto justificado.

—¡Cómo puede decir usted eso! —volví a protestar.

—Porque soy capaz de ponerme en su lugar. Soy capaz de convertirme en un campesino valenciano humillado, vejado y aterrorizado, y de pensar como él mismo pensaría. Soy capaz de ponerme en su lugar y llegar a la conclusión de que tengo que matar a mi patrón para resarcirme de tantos años de ofensas, de malos tratos, de desprecios, de salarios ínfimos. No digo que llegado el caso lo hiciera, sino que puedo meterme en la piel del asesino, en su mente, y comprender sus sentimientos.

—Creo que le voy entendiendo —le dije, y no sólo por quedar bien, sino porque poco a poco su razonamiento había dejado de escandalizarme al comprender lo que quería transmitirme.

—Me alegra. Por algo, según le vi, dije para mí: éste tiene que ser un chico listo —volvió a reírse de un modo estentóreo—. Porque es importante para poder diferenciar lo que está mal, cosas como robar, matar, escupir en una iglesia, de lo que es el mal, la maldad. Cuando ese hombre mató a su patrón seguramente sabía que hacía mal, pero no lo mató por el placer de matarle, sino llevado por algún tipo de pasión, insana, pero pasión. Por un sentimiento humano, celos, resentimiento, codicia, venganza, da igual. Eso, amigo mío, no es el mal. El mal es otra cosa. El mal es matar por el simple gusto de matar, o por cálculo. O por ambas cosas juntas. Sin pasión, con simple frialdad. El mal no es matar a una persona porque se nos haya ofuscado la mente y una nube roja haya cegado nuestros ojos y nuestro entendimiento, sino matarla con frialdad, del mismo modo que aplastamos conscientemente a la cucaracha que se interpone en nuestro

camino por el simple hecho de que hiera nuestra vista. Matarla no por lo que es o podría llegar a ser, no por lo que nos ha hecho o podría llegarnos a hacer, sino porque es una ficha prescindible en el tablero de ajedrez de nuestros intereses o nuestros placeres. Eso es el mal en sentido estricto y me temo que está llegando a Londres –volvió a ensombrecerse su semblante al decir esto.

–¿A qué se refiere con eso, Charles? –le pregunté, ya que sus últimas palabras habían llenado de zozobra mi ánimo.

–No se preocupe, Sabino, no ha sido mi intención perturbarle. Simplemente son disquisiciones mías. Como comprobaré cuando me conozca más a fondo, soy proclive a filosofar. Y siempre lo hago en el momento más inoportuno –volvió a reírse antes de preguntarme si tenía sed.

Cuando le contesté negativamente me dijo que era una lástima, ya que él se estaba muriendo por una pinta de cerveza, y me preguntó si no me importaría que paráramos un rato en una taberna para tomar algo, ya que acabábamos de entrar en Londres. Aunque no me apetecía nada y, además, me encontraba cansado a causa del viaje, no pude negarme y acepté su oferta.

–Le prometo que será por poco tiempo. Ya sé que estoy incumpliendo mis deberes de anfitrión al anteponer mis necesidades a las suyas, pero le aseguro que le compensaré debidamente.

Le dije que no se preocupara, aunque me quedé bastante intrigado. Kingsfield, pese a acabar de conocerlo, me había dado la impresión de ser un joven atento y educado. No parecía propio de alguien de su condición, y mucho más tras haber reconocido que yo llegaba extremadamente cansado del viaje, hacerme parar en una taberna en lugar de llevarme directamente a la mansión familiar. Supuse que quería algo más que beber una cerveza, pero opté por no preguntárselo. Una cosa es que nos hubiéramos caído bien mutuamente y otra muy distinta que aún no habíamos llegado a tener, como la tuvimos más adelante, la suficiente confianza como para interrogarnos sobre asuntos que yo suponía más íntimos o, al menos, más confidenciales.

—Whitechapel —me informó cuando nos adentramos en una zona cuyo aspecto sórdido me sobrecogió. Sus calles, callejones más bien, eran sucios y estrechos, tanto que por algunas no habría pasado el carruaje—. Supongo que en su Bilbao natal no habrá oído hablar de este barrio.

—No —reconocí—, pero tiene un nombre sugestivo. Capilla Blanca —traduje con mis escasos conocimientos de inglés de aquella época—. Sí, es un bonito nombre. Sugestivo y sugerente.

—En efecto —admitió Kingsfield—, el nombre es sugestivo y sugerente, pero eso es lo único bonito que tiene el barrio. Por lo demás, podría decirse que es una cloaca infecta, el sumidero del mundo. Se calcula que en Whitechapel hay más de sesenta burdeles y un centenar de prostitutas aunque a mí, personalmente, me parece que esos cálculos son excesivamente tímidos. Un actor de teatro, Jacob Adler, ha dicho que cuanto más penetra alguien en este barrio más se hunde su corazón y que ni en Rusia ni en los peores tugurios de Nueva York hay tanta pobreza como aquí. Sí, amigo Sabino, eso es Whitechapel.

—No entiendo, en ese caso, que desee adentrarse en él. Por lo que dice, tiene que ser un barrio muy peligroso.

—Es posible, pero ¿sabe?, quizás para sus moradores los auténticamente peligrosos seamos nosotros.

Pensé protestar, pero me callé a tiempo. Mi nuevo amigo tenía extraños cambios de humor, sin embargo incluso cuando parecía hablar a través de paradojas solía decir cosas muy atinadas y sobre las que merecía la pena reflexionar. Aun así, no entendía por qué deseaba internarse en ese barrio. Seguramente habría otros en Londres en los que poder tomarse su pinta de cerveza.

—Así es —lo admitió, añadiendo entre risas—: Y antes o después se los enseñaré todos, pero hoy toca empezar por Whitechapel. Además, ya sabe lo que se dice de los componentes de las clases ociosas, a las que pertenezco, que cuanto más sofisticados somos o nos consideramos, más nos gusta, por contraste, rozarnos con las clases bajas.

Poco a poco iba conociendo a mi nuevo amigo, por eso me percaté de que en realidad no me estaba diciendo la verdad. No es que considerara que me estaba mintiendo, sencillamente pensé que tenía un propósito que de momento prefería no compartir conmigo. Era comprensible, aún no hacía ni tres horas que nos habíamos conocido, pero me caía bien, así que esperaba que antes o después ese muro que a veces levantaba entre nosotros, para lo cual solía servirse de esa mezcla de cinismo y frivolidad que en ocasiones dejaba traslucir, desapareciera en el futuro.

Tras decirme lo anterior, se dirigió al cochero y éste, muy poco tiempo después, se paró delante de una taberna en cuyo desvencijado cartel, junto a un nombre que no supe traducir, aparecía el dibujo, completamente descolorido aunque por lo que todavía podía vislumbrarse en su origen estuvo pintado de verde, de lo que sin duda era un duende. Más adelante me enteré de que era la representación de un leprechaun, un personaje típico de la mitología irlandesa, algo así como nuestros “galtzagorriak”¹.

Cuando entramos en la taberna todas las miradas se posaron en nosotros. Era lógico, ya que en aquel tugurio maloliente, poblado de hombres cuyos ojos inyectados en alcohol demostraban que no tenían la menor posibilidad de prosperar en la vida y mujeres cuyo descaro en el vestir y en el hablar —aunque no dominaba el idioma me daba esa impresión por las voces que emitían— delataba que se dedicaban al denominado oficio más viejo del mundo, la entrada de dos jóvenes vestidos de caballeros tuvo que causar sensación. Afortunadamente nos acompañaba el conductor del carruaje, cuya fuerte complexión parecía ser suficiente para disuadir a cualquiera de los parroquianos que hubiese tenido la idea de asaltarnos. De todos modos enseguida me di cuenta de que mis temores eran infundados, ya que la mayoría de los asistentes parecían conocer y respetar a mi

¹ Los “galtzagorris” (literalmente “pantalones rojos”, por el color de su vestimenta) son personajes de la mitología vasca que tienen una fuerza y una velocidad sobrehumana, y que son tan pequeños que en un alfilerero caben cientos de ellos.

amigo y enseguida dejaron de mirarnos para volver a hacer lo que estaban haciendo en el momento de nuestra entrada.

—¿Lo de siempre, señor Kingsfield? —le dijo el obsequioso tabernero, nada más ver a mi amigo, lo que me ratificó en mi idea de que era un viejo conocido del local.

—Sí, Murphy. Lo de siempre. ¿Y usted, Sabino? ¿Quiere beber algo? —se giró para preguntarme.

No me apetecía tomar nada, pero por si acaso decidí pedir lo mismo que Charles. En el peor de los casos, con limitarme a mojar un poco los labios, esperaba poder salir del apuro. Afortunadamente, cuando nos trajeron las bebidas comprobé que mis temores de que nos sirvieran algún brebaje infecto eran infundados y pude degustar una cerveza que, pese a estar algo caliente para mi gusto, podía beberse. Eso sí, como no deseaba tener problemas posteriores, lo hice con moderación, apenas probé un tercio de la jarra que me sirvieron.

Kingsfield, en cambio, no sé si porque estaba más acostumbrado que yo a beber ese tipo de cerveza o porque de verdad tenía mucha sed, se acabó la suya en muy pocos minutos. Tras limpiarse la boca con el dorso de la mano, un gesto que seguramente tendría prohibido en la mansión paterna, pero que allí no desentonaba con el resto de la clientela, se dirigió al tabernero y le hizo una pregunta en la que me pareció entender que se refería a un tal O'Malley. Por toda contestación el tabernero señaló una puerta a la que mi amigo se dirigió, seguido de cerca por dos hombres que no se distinguían en nada del resto de los clientes, salvo por el hecho de que ninguno de ellos estaba bebiendo en esos momentos.

Cuando, acompañado por los dos hombres que le habían escoltado, traspasó la puerta que le acababa de indicar el tabernero y me quedé solo, volvió de nuevo a mi persona el nerviosismo. No porque pensara que me iba a ocurrir nada, como ya le he dicho mi nuevo amigo parecía ser conocido y respetado allí, aparte de que seguramente había encomendado al conductor del carruaje la labor de protegerme, sino porque me encontraba solo, en una sórdida tasca

londinense en la que además de no conocer a nadie me sentía totalmente fuera de lugar.

Hubo un momento delicado cuando una de esas mujeres, que ya no se recataban en proclamar a los cuatro vientos cuál era su profesión, se acercó hacia mí y empezó a hacerme carantoñas. Debo confesarle, padre, que independientemente de mi rechazo como buen creyente a esas lujuriosas insinuaciones, no sabía muy bien cómo reaccionar. Jamás me había visto en una situación parecida y rechazar bruscamente a la prostituta podría granjearme la enemistad del resto de clientes de la taberna. Afortunadamente Murphy, el tabernero, vino en mi rescate, gritando a la buscona y diciéndole, eso es lo que al menos supuse ya que me pareció oír su nombre, que dejara en paz al amigo del señor Kingsfield. La buena mujer le hizo caso, no sin antes dedicarle una ostensible mueca de lo más barriobajera que hizo reír a toda la concurrencia. Debo añadir que el conductor de mi amigo no era tan recatado, ya que aprovechando que la prostituta se dio la vuelta para alejarse de donde estábamos le dio un fuerte manotazo en el culo, que en lugar de despertar sus iras o incomodarla le hizo reír nuevamente antes de dedicarle, entre los aplausos de la gente que celebró de un modo salvaje su respuesta, lo que supuse que era un comentario más bien obsceno. Por mi parte me estaba poniendo más colorado que un tomate, y para ocultar mi turbación volví a coger la jarra y bebí de ella, confiando en que para cuando acabara la cerveza también hubiese vuelto mi rostro a su color natural.

Poco después Kingsfield salió por la misma puerta que había cruzado quince minutos antes, acompañado por un gigantón pelirrojo que tras despedirle se quedó allí clavado, observándome fijamente, como si quisiera guardar mis rasgos en su memoria. Cuando se lo comenté a mi amigo me dijo que no me preocupara.

—O'Malley es un buen tipo —añadió—, pero es irlandés, y los irlandeses ya se sabe... —dejó inacabada su frase.

En realidad lo que yo sabía de los irlandeses era muy poco. Que eran católicos, que hablaban un idioma de origen celta, distinto del

inglés, y que no simpatizaban mucho con los británicos, pero por lo demás, lo mismo podía haberse referido a los daneses o a los lapones. De todos modos, cuando quise que me aclarara el sentido de su frase mi amigo se sumergió en un desconcertante silencio, del que salió al poco tiempo para indicarle a Taylor, ése me dijo que era el apellido del conductor de su carruaje, que nos llevara a “Kingsfield Manor”, la mansión de la familia.

—Le ruego que me disculpe por mi anterior falta de consideración al no contestar a su pregunta —me dijo cuando ya estábamos acomodados dentro del carruaje—, pero le prometo que en un futuro no muy lejano satisfaré su legítima curiosidad. Eso sí, le pediría, como un favor especial, que no comente con mi padre cuando le conozca mañana por la mañana, a la hora del desayuno, ya que se nos ha hecho tan tarde que todo el mundo en la casa, incluidos los sirvientes, estarán seguramente durmiendo, que hemos parado en ese tugurio de Whitechapel. Es un hombre muy estricto y riguroso y no aprobaría ese tipo de veleidades, propias de los disipados jóvenes londinenses de buena familia.

Pese a que había sido educado en un escrupuloso respeto al cuarto mandamiento de la Ley de Dios, ese que dice “honrarás a tu padre y a tu madre”, y, por tanto, no consideraba muy correcta la petición que me estaba haciendo, le prometí que obraría tal y como me lo había solicitado. No sólo por lealtad a quien desde que nos conocimos me había ofrecido su amistad, sino porque me dio la impresión de que cuando hablaba ligeramente de “las veleidades propias de los disipados jóvenes londinenses de buena familia” no estaba siendo totalmente sincero conmigo. Quizás no me mentía, pero intuía que en aquella parada había un misterio del que, de momento, prefería no hablarme. Un misterio que no tenía nada que ver con las frivolidades de un joven ocioso, sino que iba algo más allá. El problema es que no sabía dónde estaba ese más allá ni si era algo positivo o negativo, por lo que tampoco sabía si hacía bien o mal encubriéndole ante su padre. Pero me había comprometido a hacerlo y yo siempre cumplía mis promesas.